

Asida de los sillares
Se aguanta inmóvil y yerta.

Aparición de otro mundo,
Sífida, á quien maga artera
Cortó las ligeras alas,
La juzgaran si la vieran.

Tiende espantados los ojos
Por el caos: nada encuentra
Que socorro ó que consuelo
En tal apuro la ofrezca.

Descubre que una gran ola,
Que tronadora se acerca,
Entre las blancas espumas
Envuelve una cosa negra:

De ella no aparta los ojos,
Ve que en la playa se estrella,
Que al huir deja un sombrero
Rodando sobre la arena,

Y una tabla.—Rosalía
Salta de las ruinas fuera,
Corre allá, miétras las olas
Se retiran. No la aterra

Otra mayor, que se avanza
Más hinchada, más soberbia.
Ve en el madero lavado
Los restos de sangre fresca..

Coge el sombrero... ¡infelice!
Lo reconoce... Las fuerzas
Le faltan, cae, y al momento
Precipítase sobre ella

Una salobre montaña
Que la playa arriba entra,
Y rápida retrocede,
No dejando nada en ella.

Cual si dar, tan sólo objeto
De la borrasca tremenda,
Lecho nupcial en los mares
A dos infelices, fuera;



A templar su furia ronca
Los huracanes empiezan,
Bajan las olas, la lluvia
Se disminuye, y aun cesa.
Rómpe se el cielo de plomo,
Y por pedazos se muestra
El azul, que ardientes rayos
De claro sol atraviesan.

Ya se aclara el horizonte;
Por el lado de la tierra
Fórmanlo azules colinas,
Que aun en parte ocultan nieblas.

Una línea verde, oscura,
Movable, la forma y cierra
Del lado del mar, y asoma
La claridad detrás de ella.

Aunque silba duro el viento,
Aunque es la resaca recia,
Torna al mundo la esperanza
De prolongar su existencia.

En esto una triste madre
Y un tierno hermanillo llegan,
Buscando á su Rosalía,
A aquella playa funesta.

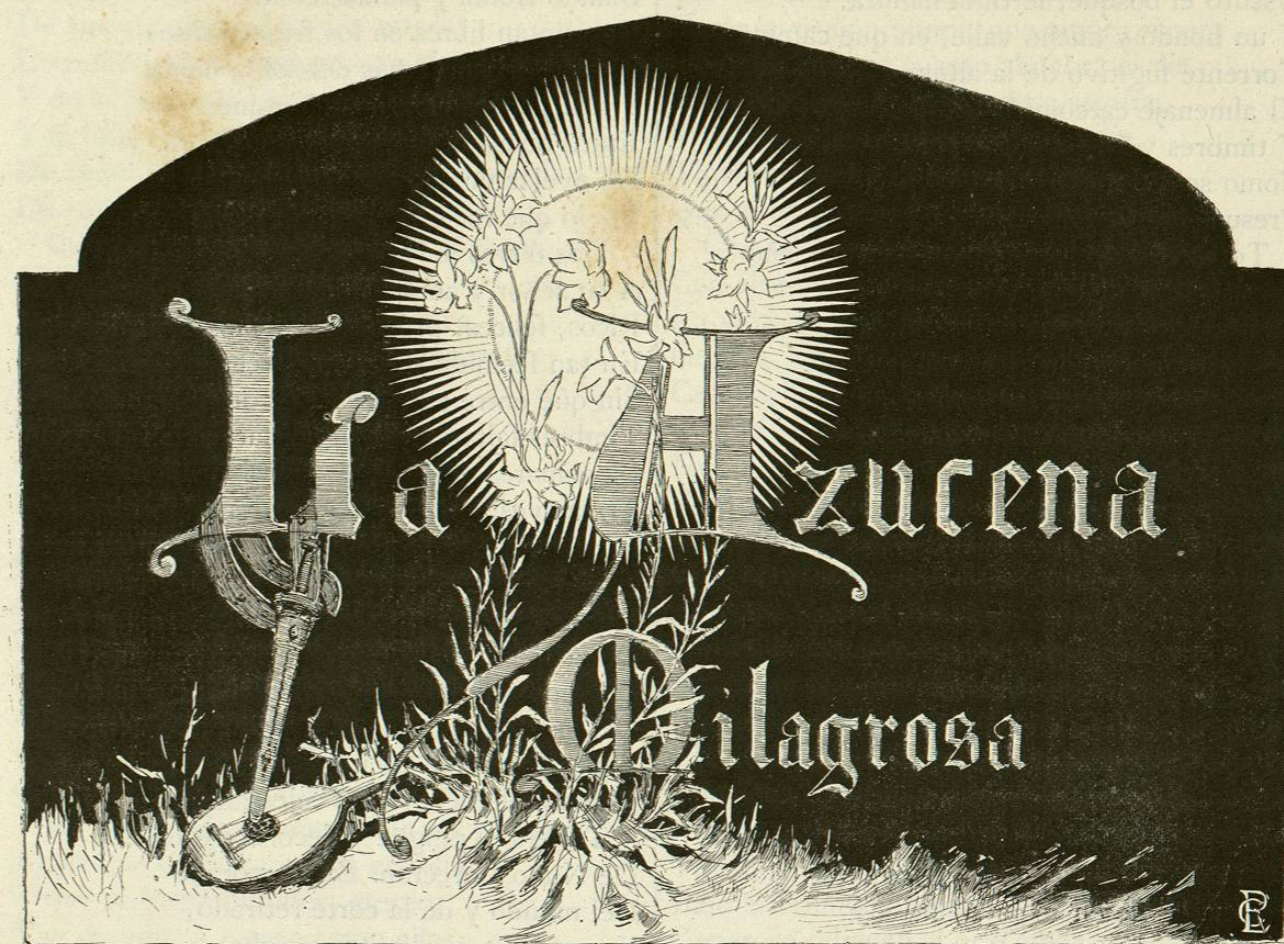
Llenos de lodo, empapados,
Muertos de cansancio y pena,
Tienden en reedor los ojos
Y nada ¡oh martirio! encuentran.

Al retroceder las aguas,
Unas femeniles huellas
De pié breve reconocen
Estampadas en la arena...

«¡Rosalía!... ¡Rosalía!!!»
Gritan, y no oyen respuesta.

Van á la arruinada torre,
Y hállanse sobre una piedra
Un envoltorio deshecho
Entre fango, espuma y tierra,
Y un pañuelo rojo y jalde,
Que le sirve de cubierta.

LEYENDA PRIMERA



DEDICADA Á DON JOSÉ ZORRILLA

INTRODUCCION

Si envolviste mi nombre en el perfume
De tu *silvestre*, mágica *azucena* (1),
En donde se compendia y se resume
Toda la gala de tu rica vena;
De agradecida mi amistad presume,
Y mi voz, aunque ya cascada suena,
El don te ofrece de sabroso cuento,
A quien da otra azucena el argumento.

No es contender ni competir contigo,
En quien de Calderon arde la llama;
Que solamente admiracion abrigo
Por tu renombre y brillante fama:
Pues raros hay que desde tiempo antiguo
Merezcan como tú la verde rama,
Que corona tu sien, claro Zorrilla,
Lumbrera del Parnaso de Castilla.

¿Ni cómo competir númen helado,
Que al occidente rápido declina,
Con el que jóven en zenit sentado,

(1) Zorrilla habia dedicado pocos meses ántes al autor su leyenda titulada *La Azucena Silvestre*.

Bebe del sol la inspiracion divina?...
Oiga tu acento el orbe entusiasmado,
Las nubes cruza, entre los astros trina;
Mientras tocando el fin de mi viaje,
Doy tibia luz á un pálido celaje.

Fe santa y verdadero patriotismo
Dieron voz á los bélicos clarines,
Despertando el valor y el heroismo
De los nobles hispanos paladines,
Para lanzar el torpe mahometismo,
Que aun del reino asombraba los confines,
Y plantar de Granada en el turbante
La bandera del Gólgota triunfante.

Resonó por los ámbitos de España,
Que el mar circunda y el Pirene cierra,
Conmoviendo hasta la última cabaña,
El santo grito de tan justa guerra.
Y llegó pronto á una feraz campaña,
Que en torno abriga de Leon la sierra,
De Nuño Garceran antiguo estado,
Por sus mayores con valor fundado.

Sobre gigante loma que domina
Oscuro el bosque, fértil la llanura,
Y un hondo y ancho valle, en que camina
Torrente fugitivo de la altura,
El almenaje carcomido empina,
Y timbres y follajes de escultura,
Como solo señor de aquel espacio,
Presumiendo de alcázar, un palacio.

Toscos los muros son, pero en su seno
Ofrecen comodísima vivienda,
Con jardín á su espalda tan ameno,
Como huerto de mágica leyenda.
Pues de arbustos y varias flores lleno,
Y cortado por una y otra senda,
Ostentaba á la vista y al olfato
Brillantes tintas y perfume grato.

Y el sabroso rumor de la sonrisa
De una fuente de mármol que chispea,
Y el murmullo apacible de la brisa,
Y el de las verdes ramas que menea;
Y Eco, que los repite en voz sumisa,
Y el ave que en los álamos gorjea,
Formaban deliciosa consonancia
Con selvas y torrentes á distancia.

Larga cadena de empinados riscos,
O más cerca ó más léjos del palacio,
Coronados de encinas y lentiscos,
Circundan de su término el espacio.
Y desnudas de chozas y de apriscos,
Mas no de nieves del invierno reacio,
Cierran en derredor los horizontes
Rudas cervices de gigantes montes.

Que ofrecen en sus quiebras y recuestos
Ejercicio á los perros y neblíes;
Garzas y aves diversas para aquestos,
Para aquellos cerdosos jabalíes.
Y para el cazador ocultos puestos
Do á palomas selváticas turquíes,
Y á tórtolas, amor de las florestas,
Redes tender, ó disparar ballestas.

La llana y ancha vega parecía
En marzo campo inmenso de esmeraldas,
Y cuando abril en ella sonreía,
Alfombra de amapolas y de gualdas,
Que el rojo sol de julio convertía,
Inundándolo todo hasta las faldas
De los montes, en mar de espigas de oro,
Cual no lo ven ni el Sículo ni el Moro.

Del otoño feraz frutos opimos
Ostentaban los huertos y cañadas,
Almíbares brotando los racimos
Entre pámpanos y hojas coloradas,
No inferiores en pompa á los que oímos
Que hallaron en las tierras fortunadas
De promision las tribus israelitas,
Por la alta diestra de Jehová benditas.

Robustas vacas y lozanos chotos,
Blando trébol y pálida retama
Despuntan libres en los frescos sotos,
Que no agosta jamás del sol la llama.
Y allá por los ribazos más remotos,
Entre peñas buscando verde grama,
De ovejas un sinnúmero se mueve,
Sin lo que fueran reputadas nieve.

Dos ó tres mil vasallos, que anhelosos
A su señor y amparo bendecían,
Ricos, felices, prósperos, dichosos,
En tan fecundo suelo enriquecían.
Sin que entre ellos hidalgos de pomposos
Timbres faltaran, que guardar sabían
La comarca de injustas agresiones,
Armas vestir y domeñar bridones.

Pero de aquella tierra venturosa
Era el mayor encanto y maravilla,
Una imágen antigua y milagrosa
De la Madre del Verbo sin mancilla,
Que con ardiente celo y fe piadosa,
Del excelso palacio en la capilla,
Veneraban aquellos naturales,
Implorando las gracias celestiales.

Tal era el pingüe y decoroso estado
De Nuño Garceran. En él moraba
Del mundo y de la corte retirado,
Y una dicha sin límites gozaba.
Cinco lustros su edad era, y casado
Con Blanca de Agramunt feliz estaba,
Amándola con vida y alma toda,
Aun muy reciente su anhelada boda.

De don Fortun señor de Berindano,
Rico-home de Navarra esclarecido,
Por los reveses del destino insano
A desdichada suerte reducido,
Y por civil discordia en el cercano
Reino francés oculto y retraído,
Era hija Blanca, y su consuelo todo
Tenerla establecida de tal modo.

Pues ella, y un mancebo de edad tierna,
Que lo sigue, consuela, y acompaña
En peregrinacion, que juzga eterna,
Seguridad buscando en tierra extraña
(Tal del astro indignado que gobierna
Sus contrarias fortunas es la saña),
Eran las solas prendas, que tenía
De union dichosa cuando Dios quería.

Blanca, mujer de Nuño, era un portento
De gracia, de beldad y gentileza,
De candor, de virtud y de talento,
Sin lo que vale poco la belleza.
Y en tierna edad sin otro pensamiento
Que amar y ser amada con ternura
Por su esposo feliz, le procuraba
Dichas que el mismo cielo le envidiaba.

¡Cuántas veces vagando entre las flores
Del ameno jardín la siesta ardiente,
De sus amantes labios los amores
Dieron regalo al sosegado ambiente:
Y de la hermosa Blanca los colores,
Y el fuego de los ojos refulgente
De Nuño deslumbraban los encantos
De rosas, azucenas y amarantos!

Cuando al primer albor de la mañana
Al esmaltar el llano y la floresta
Los reverberos de carmin y grana
De nube junto al sol que nace puesta,
Si ella con un azor iba lozana,
Y él armado gallardo la ballesta
A recorrer el soto, por deidades
Los tuviera el error de otras edades.

Y á los tibios y pálidos reflejos
De la luna en las noches del estío,
Quienes á ambos esposos á lo léjos
Vieran vagando por el bosque umbrío,
Y oyeran de su hablar los suaves dejos
Atravesar las alas del rocío,
Por almas venturosas los tendrían,
Que el suelo aquel á bendecir venían.

En un mundo de amor dichoso y tierno,
Amor que concertaron las estrellas,
Y que se juzga durador, eterno,
Tan durador y eterno como ellas;
De los que sólo un monstruo del infierno
Puede intentar romper, ya las centellas
De los celos lanzándole, ó la nieve
De infames dudas esparciendo aleve;

Blanca y Nuño gozaban dulces días,
Teniendo de sus dichas por testigos,
Que á solas no hay completas alegrías,
Discreto confidente y franco amigo.
De un Labrador de aquellas alquerías,
Cuando Nuño nació, nació Rodrigo,
Sin separarse de él desde la cuna,
Asegurando así mejor fortuna.

Pues desde el primer paso de la infancia,
De su señor asiduo compañero,
Entre los dos borrando la distancia
El poder de un cariño verdadero,
A conseguir llegó tal importancia,
Que era administrador y consejero
Y confidente y necesario amigo
De Nuño Garceran el tal Rodrigo.

¡Dichoso aquel que encuentra de la vida
En la difícil y áspera carrera,
Una existencia con la suya unida
Por firmes lazos de amistad sincera:
De amistad perdurable, no nacida
De interés vil, ó cálculo cualquiera;
Sino de inclinacion mutua, en los años,
Que de ficcion no saben ni de engaños!

Blanca, tan tierna, candorosa y pura,
Tal vez al buen Rodrigo miraría
Con prevencion pueril, que amor procura
Ser exclusivo en cuanto alumbra el día.
Mas del de Nuño hallándose segura,
Y que el tal confidente lo aplaudía,
Tratándola sagaz con tacto sumo,
Que al fin venciera su desden presumo.

Con tal amigo, con tan tierna esposa,
Con alto nombre y con el rico estado,
La vida más feliz y deliciosa
Gozaba Nuño que al mortal es dado.
Cuando el són de la trompa belicosa,
Cual ráfaga de viento inesperado
Nubla el cristal de plácida laguna,
Vino á nublar tan plácida fortuna.

De Garceran la noble sangre enciende
El llamamiento á tan cristiana guerra.
La obligacion con que nació comprende
Como ilustre señor de aquella tierra:
La voz del Rey que lo convoca entiende,
Levanta su pendon, y de la sierra
Llamando á los hidalgos y pecheros,
Forma gallarda hueste de guerreros.

Ya el caballo que suelto la llanura
Tras las liebres y gamos recorria,
Bajo el bruñido arnés y la armadura
Generoso relincho al aire envía.
El arcabuz que al ciervo en la espesura
Fulminó, y la ballesta que solía
Un ánade matar, ó una paloma,
Van ya á extinguir la raza de Mahoma.

El hidalgo, que sólo de la caza
Se daba al ejercicio en ocio blando,
Ya vestida sobre ante la coraza
Se ejercita de escuadras en el mando.
Y el Labrador plebeyo olvida el haza,
Que fecundó con su sudor, y ansiando
Moros matar, embraza la rodela,
Ciñe la espada, y alta gloria anhela.

Entusiasmado Nuño, alegre, activo,
De ocasion tal para mostrar contento
El noble esfuerzo y el valor altivo,
Propios de su encumbrado nacimiento;
Manifiesta que el cielo no fué esquivo,
En darle el alto militar talento,
Y aquel que á pocos hombres les concede,
Sin el que gobernar ninguno puede.

Tambien instinto bélico demuestra
Rodrigo en los aprestos diligente,
Ora pasando á las escuadras muestra,
Ora instruyendo la bisoña gente,
Ora con mano previsora y diestra
Mirando por su dueño cual prudente,
Tiendas, víveres, armas, municiones,
Procurando á los nuevos escuadrones.

Blanca sólo, si bien ufana mira
Bajo el bruñido arnés aun más gallardo
Al esposo gentil por quien delira,
Que vestido del rústico tabardo;
Con mil sutiles medios, que le inspira
Su anhelante pasión, busca el retardo
De ausencia, que la aterra y la confunde,
Y en un desconocido mar la hunde.

Viendo afanado siempre á su marido,
Sin pensar más que en la gloriosa guerra,
Teme que su ternura dé al olvido,
Y tal recelo sin cesar la aterra;
Que amor es siempre de recelos nido
(En serlo sin cesar tal vez no yerra)
Y exclusivo, absoluto, solo,
Quiere en las almas ser de polo á polo.

Mas ¡ah! Blanca se engaña, pues su amante
Firme como del norte está la estrella,
Jamás la amó tan ciego y delirante
Como al tener que separarse de ella.
Y, cual siempre acontece, en el instante,
De irla á perder hallábala más bella,
Por no afligirla su dolor infando
En semblante y palabras ocultando.

Viendo al fin terminados los aprestos
Blanca, y cercano de la marcha el día,
Infantes y caballos ya dispuestos
A saludar la hermosa Andalucía;
Y agotados al cabo los pretextos
Con que aquella jornada suspendía,
Ruega á Nuño con lágrimas y abrazos
Que el corazón hicieranle pedazos:

Que espere á que perfile y que concluya
De bordar con sus manos una banda,
Que le prepara como prenda suya,
Y en que hace tiempo trabajando anda:
Para que este recuerdo disminuya,
Y ayude á hacer, si puede serlo, blanda
De ausencia tan atroz la amarga pena,
A que el Destino infausto los condena.

Y que logre también ser el escudo,
De amor que la labró por la influencia,
Do flecha enherbolada y plomo rudo
Estrellen su diabólica violencia;
Si se mostrase el cielo tan sañudo,
Y á sus ruegos con tanta indiferencia,
Que del maldito infiel no ponga estorbo
Al tronante arcabuz y al arco corvo.

Nuño consiente, que es lo que desea,
Y Blanca en su labor no se apresura;
Pero toca el final de su tarea
Por más que dilatarla ¡ay Dios! procura.
Y coronando su amorosa idea
Una cifra, prolija bordadura,
De perlas traza con los nombres juntos
De Nuño y Blanca en combinados puntos.

Pero ¡ay! al terminar labor tan rica,
Al dar temblando la última puntada,
La aguja aleve se resbala y pica,
¡Mal presagio! la mano delicada,
Y de encendida sangre se salpica
La banda del amor... horrorizada
Lanza un grito la linda bordadora,
Y no el dolor, mas el agujero llora.

No estaba lejos el amado esposo,
Que vuelve de adiestrar los escuadrones,
Y herido del acento doloroso
Atraviesa anhelante los salones,
Y en alas del amor llega afanoso
Do sumida en funestas reflexiones
Halla á su encanto, y con el labio amante
Las lágrimas le enjuga del semblante.

Y aprecia más el don, porque el tesoro
De aquellas de su sangre gotas puras
Le dan valor, que por las perlas, y oro,
Que forman sus labores y figuras;
Y talisman seguro contra el moro
Lo estima, y prenda cierta de venturas;
Explicando entendido aquel agujero
De un modo para Blanca lisonjero.

Ella en los brazos del esposo ataja,
El raudal de sus ojos, dichas sueña
Corto momento, y cíñele la faja,
Lazo que más y más su amor empeña.
Mas ¡ay! pronto su sangre toda cuaja
De las escuadras la última reseña,
Y de las trompas roncadas la llamada
Para emprender ¡oh cielos! la jornada.

Es ya urgente. Ni lágrimas, ni abrazos
La pueden retardar. Noticia llega
De que los Reyes de la fe en los brazos
Se acercan de Granada á la ancha vega;
Y que ya en sus recuestos y ribazos
El cristiano estandarte se despliega;
Y mengua fuera ya de los leoneses
Llegar tarde á los triunfos ó reveses.

Los afanes, las ansias, las ternezas
De ambos esposos, el adiós postrero,
Los encargos, palabras y finezas,
Que son de amor tesoro verdadero;
El trastorno común de ambas cabezas,
Y de ambos corazones el esmero,
Quede en su punto aquí: pintarlo excede
Del poder que al ingenio se concede.

Formados en gallardos escuadrones
Los, ha poco labriegos y villanos,
Desplegados al aire los blasones
De Nuño Garceran en fieles manos,
Dando atabal y trompa con sus sonos
Vida y voz á los ecos más lejanos,
La hueste al cabo rumorosa marcha,
Un pardo amanecer, hollando escarcha.

Viejos, niños, mujeres, que formaban
Diversos grupos, con los ojos fijos
En las tropas que lentas caminaban
De esposos, y de padres, y de hijos,
Rostros y manos al Señor alzaban,
Con los fervientes ruegos más prolijos,
Para que salvos de la cruda guerra
Los restituya á su nativa tierra.

En la eminente torre del palacio
Blanca, convulsa, muda, helada, yerta,
Ve el escuadrón marchar por largo espacio,
Y ni aun á respirar su labio acierta.
Y Nuño Garceran confuso y lacio,
Que el peso del dolor lo desconcierta,
Torna, y mil veces repitió el saludo
Con penacho, con lanza y con escudo.

El bosque al fin y una importuna loma
Cubren el escuadrón... un parasismo
A la infelice doña Blanca toma,
Y húndese del dolor en el abismo.

Nuño aun vuelve á mirar... mas ya no asoma
Ni la alta torre; y fuera de sí mismo
Se torna en hielo, un alarido exhala,
Y la visera hasta los pechos cala.

Consuélele con cuerdas reflexiones
Y lágrimas también el fiel Rodrigo;
¡Gran cosa es escuchar en ocasiones
El dulce acento de afanoso amigo!
Pero para calmar sus aflicciones,
¡Ay! no lo lleva Garceran consigo,
Pues en la ausencia déjale el cuidado
De su adorada esposa, y de su estado.

Y ¡oh gran dolor! en la inmediata aldea,
Después de arreglos varios preventivos,
Uno al otro los brazos le rodea,
Empinados los dos en los estribos.
Y vuelve atrás Rodrigo, y espolea,
Y Nuño con mil gestos expresivos
Le grita ahogado: *Cuidame á mi Blanca,*
Y á las lágrimas da salida franca.

